

Lazos procomunitarios para navegar la multicrisis ecosocial

NURIA DEL VISO Y MATEO AGUADO

En lo que llevamos de siglo ya se empieza a perfilar qué puede significar una multicrisis ecosocial en todo su potencial, con sus interconexiones, bucles que realimentan otros bucles, saltos de escala, umbrales críticos, cambios no lineales, etc. El optimismo de la segunda mitad del siglo XX se ha esfumado y ha dejado a la vista los efectos de un modo de vida destructivo e *imperial*¹ que está alterando gravemente los ecosistemas y la biodiversidad del planeta al tiempo que desestabiliza el clima global a base de quemar combustibles fósiles a toda máquina. El sistema productivo-consumista que alimenta este modo de vida demanda cada vez más y más materiales y energía que dejan amplias zonas del planeta devastadas o muertas, casi siempre en el Sur global. Pero asolar estos territorios significa también asolar los medios de vida de las personas que los habitan. Personas desenraizadas y expulsadas que se ven obligadas a desplazarse en busca de una vida digna. Guerras, violencia y degradación ambiental expulsan de sus hábitats hoy en día a más personas que nunca. A mediados de 2022 se batió el triste récord de más de 100 millones de personas forzadas a desplazarse.²

Gentes del Sur y del Norte sufren los efectos del empobrecimiento, de la precarización y de unas desigualdades que se ensanchan. Los sistemas de protección del Estado de bienestar –allí donde llegaron a implantarse– cada vez protegen menos, y la gente va quedando expuesta a un contexto progresivamente más inestable y complejo donde factores de muy diverso pelaje parecen confluir para empeorar la situación y la calidad de vida humana. Ante un contexto de cambio e incertidumbre como el actual resultará crucial diagnosticar correctamente cuáles son las verdaderas causas del deterioro ecológico y social que está sufriendo

¹ Monica Di Donato, «Modo de vida imperial. Entrevista a Ulrich Brand», en *Crisis, modos de vida y militarismo*, dossieres ecosociales, FUHEM, Madrid, 2022, disponible en: <https://www.fuhem.es/2022/05/17/entrevista-a-ulrich-brand-modo-de-vida-imperial-una-lectura-a-la-luz-del-conflicto-de-ucrania/>

² ACNUR, *Mid-year trends*, 2022, disponible en: <https://www.unhcr.org/mid-year-trends.html?query=displacement%20in%202022>

nuestro planeta y nuestra civilización, sobre todo si pretendemos revertir tal situación antes de que sea demasiado tarde.³

En la primera década del siglo XXI una crisis económica global empobreció a amplias capas de la población. Fue el aviso de que las “dulces mieles” del modelo económico capitalista estaban terminando y se iniciaba la “era de las consecuencias”.⁴ Tras dos décadas transcurridas, vivimos la primera pandemia mundial –una pandemia anunciada pero que nadie creyó que llegaría–, muy relacionada con el modo de vida imperante, que fagocita hábitats salvajes y enjaula a miles de animales en macrogranjas. Pese a los impactos de la COVID-19 en todo el planeta, poco ha cambiado en las directrices económicas mundiales. Sabemos que no será la última pandemia, pero no qué características o peligrosidad tendrá la siguiente. Y cuando estábamos saliendo de la crisis sociosanitaria del coronavirus, llegó la guerra de Ucrania, una guerra larvada durante años. Y las cartas se volvieron a barajar con resultados aún no del todo conocidos, pero que apuntan a nuevas alianzas y ejes de poder y, sobre todo, al retorno de la geopolítica como actor principal por el control de los recursos.

Entramos así en una época donde las escalas se conectan con fluidez. De los grandes eventos mundiales y planetarios se derivan efectos en cascada que llegan hasta los barrios, hasta los pueblos, hasta el comedor de nuestra casa, hasta la esfera íntima donde el abuelo Juan no sabe cómo ha podido encoger tanto su pensión, o donde mi vecina Marga no entiende cómo por una guerra allá en los confines de Europa ella paga ahora más por la cesta de la compra, y por la luz y el gas. O Antonio y su familia, que ya hacían malabares para llegar a fin de mes y ahora tiene que cortar todo gasto absolutamente no esencial porque la hipoteca se ha encarecido un 50%. Escalas que se conectan de lo global a lo local y vuelta a lo global con efectos silenciosos pero masivos, malestares callados⁵ que se transforman en dinámicas sociales, en tendencias de fondo y en llamadas de atención a la flor y nata de la clase política y económica reunida en Davos un año más.

³ Mateo Aguado, «Transiciones ecológicas y responsabilidades internacionales frente a la crisis de sostenibilidad global: un análisis del impacto ambiental exportado por España», en *Informe sobre Sostenibilidad en España 2021: Propuestas para la recuperación* (pp. 149-162), Fundación Alternativas, 2021.

⁴ Expresión acuñada por Winston Churchill y utilizada por el periodista Christian Parenti para referirse a los impactos del cambio climático. Véase Christian Parenti, «La convergencia catastrófica: militarismo, neoliberalismo y cambio climático», en Nick Buxton y Ben Hayes (eds.), *Cambio climático*, S.A., FUHEM Ecosocial, Madrid, 2017.

⁵ Para ampliar esta cuestión, véase «Malestares», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, núm. 158, verano 2022.

Y no es que se hayan ignorado completamente la precariedad y los malestares de la ciudadanía causados por los eventos globales; de hecho, somos testigos de medidas políticas de tono social y ambiental que no se veían desde hace décadas. Pero son a todas luces insuficientes. Muy insuficientes. Las políticas nacionales o internacionales no logran solucionar los principales desafíos socioecológicos a los que la humanidad se enfrenta en los complejos albores del siglo XXI.⁶ Seamos honestos: detener y revertir la crisis ecosocial en curso no parece formar parte de las prioridades de casi ningún país, figurando generalmente por detrás de otras preocupaciones políticas como el empleo, el crecimiento económico o la estabilidad monetaria.⁷ Mientras tanto, los grandes problemas de fondo de hoy, como el cambio climático, la degradación ecológica, la reducción de la biodiversidad, las desigualdades sociales galopantes o la precarización laboral siguen sin obtener respuestas sólidas y contundentes, abordándose, casi siempre, a escalas por debajo de la escala global que sería necesaria. Se palpa la clamorosa ausencia de una institución global con capacidad para gobernar los retos del presente. Mientras el sistema supranacional de Naciones Unidas heredado de la posguerra se desmantela poco a poco –justo ahora, cuando más lo necesitamos–, aún no ha nacido la institucionalidad global capaz de responder a los desafíos planetarios de nuestro tiempo.

Si en las altas esferas solo pueden dar respuesta parcialmente a los actuales desafíos, ¿habrá otra escala donde se puedan ensayar otras soluciones?

Pero si en las altas esferas solo pueden dar respuesta parcialmente a los actuales desafíos, ¿habrá otra escala donde se puedan ensayar otras soluciones? Más modestas, quizá, pero reales, enraizadas en el territorio, ancladas a la vida de la gente, que ayuden a sortear las muchas crisis que se acumulan. Otra forma de hacer política, desde lo local y lo cotidiano, utilizando otros enfoques y marcos muy alejados de los hegemónicos. ¿Podrían esas acciones llevar la semilla de la transformación social que tanto necesitamos? En esa línea, este texto explora y pone en valor la capacidad adaptativa de la gente y las colectividades para autoorganizarse de cara a dar respuestas de autoprotección desde lo colectivo a los grandes desafíos ecosociales contemporáneos.

⁶ Mateo Aguado, 2021, *op. cit.*

⁷ Corey Bradshaw, Paul Ehrlich, Andrew Beattie, Gerardo Ceballos, Eileen Crist, Joan Diamond y Daniel Blumstein, «Underestimating the challenges of avoiding a ghastly future», *Frontiers in Conservation Science*, 1, 9, 2021.

Lejos de las imágenes alarmistas de los Estados y de los centenares de películas de Hollywood que han asentado una narrativa catastrofista, la reacción habitual de las personas ante las catástrofes no suele ser –como lleva décadas documentando la sociología de los desastres– de fiera competencia, sino que, muy al contrario, es más bien de empatía, altruismo y solidaridad.⁸ Así lo muestra Rebecca Solnit en su libro *Un paraíso en el infierno*,⁹ donde explora diversos desastres ocurridos en el siglo XX y muestra cómo la gente se autoorganizó desde los primeros momentos –cuando las instituciones estatales aún estaban noqueadas– para autoayudarse y asistir a los más necesitados. Se trata, al fin y al cabo, de la comunidad en acción para atender los desafíos del aquí y ahora. Y no es que el Estado –democrático– no se necesite, sino que la autoorganización en barrios, pueblos o grupos de interés específicos pueden desarrollar una labor paralela al Estado insustituible por varias razones. Primero, porque los colectivos de base están situados en un espacio privilegiado para observar necesidades sociales que el Estado puede tardar más tiempo en detectar. Segundo, por la inmediatez de la respuesta y su formato desburocratizado, descomplicado. Tercero, por el potencial de organización social y de creación de vínculos y profundización del sentido de pertenencia, de arraigo y de compromiso, que redundan en una mayor cohesión social, un fenómeno que nunca resulta demasiado, y menos aún en los tiempos revueltos que nos tocan.

Del ser al inter-ser

En numerosas culturas a lo largo de los tiempos los individuos se han considerado, ante todo, seres relacionales, y el hogar y la *comunidad*¹⁰ han sido los espacios donde se desplegaba esta relación. Como sostiene Esther Rebato, catedrática de antropología física de la UPV, las conductas recíprocas, cooperativas y altruistas son en realidad innatas en nuestra especie (sin ir más lejos, compartir los alimen-

⁸ Joseph Henrich, Robert Boyd, Samuel Bowles, Colin Camerer, Ernst Fehr, Herbert Gintis, Richard McElreath, «In search of homo economicus: behavioral experiments in 15 small-scale societies», *American Economic Review* 91.2, 2001, pp. 73-78.

⁹ Rebecca Solnit, *Un paraíso en el infierno. Las extraordinarias comunidades que surgen en el desastre*, Capitán Swing, Madrid, 2020.

¹⁰ Por comunidad entendemos grupos o redes de personas que comparten un sentido de pertenencia basado en conexiones compartidas como la proximidad geográfica, intereses, características sociodemográficas, experiencias, lazos emocionales u otros propósitos comunes. Las comunidades pueden estar basadas en interacciones cara a cara o conexiones virtuales, o incluso mentales; puede crearse de modo informal o ser organizadas formalmente. El término "comunidad" también se utiliza para redes organizadas, discursos políticos o identidades colectivas. Tomado del glosario de Cathy Baldwin y Robin King, *What about the people?*, Georgetown University, 2017.

tos fue un importante elemento de cohesión social y una estrategia decisiva para nuestra supervivencia, tanto pasada como probablemente presente y futura). De este modo, cuando dos grupos compiten entre sí, el que tenga más individuos dispuestos a sacrificarse por su grupo de manera altruista tendrá ventajas sobre aquel en el que predominen los sujetos egoístas.¹¹ Según las teorías psicoevolutivas, la empatía y la simpatía son emociones positivas que propician la comunicación entre individuos dando lugar a intercambios de cooperación que otorgan una ventaja evolutiva a los socios de dicho intercambio.¹²

A diferencia del concepto de individuo delimitado, discreto y autónomo que concebimos en Occidente en los últimos tres siglos, este vocablo carece de sentido en muchas otras culturas. De la misma forma, en numerosos lugares de Asia conciben a las personas como seres “dividuales” o divisibles, y su esencia está repartida entre muchas otras personas. McKim Marriott señaló en referencia a la India que: «en el sur de Asia [...] para existir las personas dividuales absorben influencias materiales heterogéneas. También deben dar de sí mismas partículas de su propia sustancia codificada –esencias, residuos u otra influencia activa–, entonces pueden reproducir en otros algo de la naturaleza de las personas de quienes ellas mismas se han originado».¹³ En numerosas culturas cada miembro concibe su existencia como una pieza en relación con las demás: el “ser-con-los-otros”, el “soy porque somos”, la *nosotredad*, como se conciben muchos pueblos originarios y afro en Colombia, o el *Suma Qamaña* (vivir y convivir bien) fundado en los principios y valores ancestrales de los pueblos andinos de Bolivia,¹⁴ así como enfoques similares en muchos lugares alrededor del mundo.

A diferencia del concepto de individuo delimitado, discreto y autónomo que concebimos en Occidente en los últimos tres siglos, este vocablo carece de sentido en muchas otras culturas

La ayuda mutua y la interdependencia son herramientas esenciales en los procesos de *inter-ser*. En Nueva Guinea la etnografía identificó que «ninguna capacidad de acción o intencionalidad es una simple expresión de la individualidad, ya que el ser del otro es una condición interna de la actividad de cada uno». Tampoco el

¹¹ Esther Rebato, *Los fundamentos del altruismo humano*, Cuaderno de cultura científica, 2015.

¹² Paul D. Hastings et al., «The Socialization of Prosocial Development», en *Handbook of Socialization: Theory and Research*, Guilford Publications, Inc, Nueva York, EEUU, 2007, pp. 638-664.

¹³ Citado en Marshall Sahlins, *La ilusión occidental de la naturaleza humana*, FCE, México D.F., 2011, p. 65.

¹⁴ Xavier Albó, «Suma Qamaña = el Buen Convivir», *Revista Culturas Jurídicas*, 4(8), 2017.

cuerpo es concebido como posesión individual, sino que es «corresponsabilidad de la microcomunidad que lo alimenta y lo cuida», según informa Anne Becker de los habitantes de las islas Fiji.¹⁵ Ese cuerpo que es social está también entregado en reciprocidad al bienestar de los demás. Así, las personas se pertenecen unas a otras. ¡Todo un varapalo a la idea de individualidad occidental!

Como señala Almudena Hernando, «el sentimiento de pertenencia a un grupo, construido a través de la conexión emocional entre sus miembros, no solo es imprescindible, sino que constituye la *única* estrategia irrenunciable de todo ser humano para poder sentir seguridad sobre su capacidad de supervivencia».¹⁶ El individuo aislado sería así uno de los muchos mitos del marco heredado de la Modernidad.¹⁷ ¿Cómo se produjo este cambio? Siguiendo a Hernando,

[...] A medida que fue incrementándose el control tecnológico –proceso indisociable de la multiplicación de funciones y la especialización del trabajo–, se fue negando esa necesidad [de vínculos con los demás miembros del grupo], hasta que en el siglo XVII se identificó el concepto de persona con el de *individuo*. En ese siglo, una mayoría de hombres del grupo social comenzaron a percibirse a sí mismos *como instancias concebibles de forma aislada y separada del grupo* al que pertenecían, porque ya no consideraban que la clave de su fuerza y de su seguridad residiera en su pertenencia al grupo, sino en su particular capacidad de razonar (*cogito ergo sum*). Pero esto, sencillamente, es una *fantasía*.¹⁸

Como sostiene el antropólogo Arturo Escobar a partir de su trabajo con pueblos indígenas y comunidades afro en Colombia, «podría decirse que muchos pueblos de distintas culturas (o civilizaciones) han mantenido las prácticas de comunidad, relacionalidad y pluriverso vivas a lo largo de los siglos»,¹⁹ a las que Escobar se refiere como «ontologías relacionales» y como «lógicas de lo comunal».²⁰

No se trata de idealizar lo común ni la comunidad, pero sí de darle su justo lugar en una época llena de incertidumbres en la que los grupos que se ayudan parecen

¹⁵ Ibid., p. 65.

¹⁶ Almudena Hernando, *La fantasía de la individualidad*, Traficantes de sueños, Madrid, 2018, p. 37.

¹⁷ El relato de Robinson Crusoe, el hombre hecho a sí mismo por antonomasia, constituye un mito fundacional del capitalismo industrial y contribuyó definitivamente al desarrollo de la concepción de la individualidad tal y como la conocemos; sin embargo, esta noción constituye una anomalía sin precedentes en la historia de los pueblos, tal como pone de manifiesto el antropólogo Roger Bartra en *El salvaje artificial*, Destino, Barcelona, 1997, pp. 217-224, citado en Paz Moreno, *Introducción y guía al estudio de la Antropología Económica*, UNED, 2004, pp. 59-62.

¹⁸ Hernando, 2018, *op. cit.*, pp.44-45.

¹⁹ Arturo Escobar, *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*, Universidad Autónoma Latinoamericana UNAULA, Medellín, 2014, p. 50.

²⁰ Ibid., p. 51.

tener más posibilidades de vivir y sobrevivir mejor. Pero para penetrar en este paradigma relacional necesitamos revisar las propias ideas y narrativas que nos han traído hasta aquí y hacer un ejercicio de recopilación de posibles herramientas que puedan inspirarnos para *surfear* la crisis ecosocial, e ir echando lo que encontremos a nuestra bolsa de transporte, a modo de morral, tal y como proponía Úrsula Le Guin.²¹ Y es que necesitamos muchas bolsas de transporte donde recoger ideas prometedoras, experiencias alternativas, solidaridades, nuevas formas de enfocar los nuevos y los viejos problemas, conocimientos ancestrales, entendimientos ampliados y coraje esperanzado para afrontar lo que está por venir, y moldearlo todo en colectivo en la medida de nuestras posibilidades para construir mundos habitables.

Y así, con nuestra bolsa al hombro que porta ya algunas ideas, recogeremos a continuación dos experiencias concretas que pueden resultar útiles e inspiradoras. La primera tiene que ver con las prácticas y respuestas de solidaridad que surgieron espontáneamente a escala comunitaria durante la pandemia (aunque en muchos casos bebieron del trabajo de organización comunitaria existente anteriormente). La segunda rebusca entre las experiencias comunitarias que se están articulando en todo el mundo ante el cambio climático.

Redes de solidaridad durante la COVID-19 en España

La pandemia llegó casi por sorpresa, a pesar de las muchas advertencias anteriores. En cuestión de días nos vimos confinados en nuestro domicilio o nos topamos con la enfermedad o la de gente de nuestro entorno. El confinamiento supuso la paralización de empresas, despidos, ERTE, cierres de pequeños negocios y mucha gente que, de repente, se quedó sin ningún ingreso. Las clases más humildes sufrieron el grueso de este golpe, pero también algunas familias de clase media se vieron de la noche a la mañana sin fuentes de ingresos. A la crisis sanitaria se sumó rápidamente una crisis social. La reorganización de los servicios públicos supuso momentos de silencio, ausencias o desbordamientos en un contexto de necesidades múltiples. Pero muchos vecinos y grupos de la sociedad civil organizada salieron a atender las necesidades más urgentes que veían a su alrededor bajo la premisa del cuidado colectivo y el apoyo mutuo. En este apartado nos

²¹ Úrsula Le Guin, «The Carrier Bag Theory of Fiction», *Dancing at the Edge of the World*, Grove Press, 1989.

centramos en las experiencias del libro *Solidaridades de proximidad*, de José Luis Fernández Casadevante *Kois*, Javier Fernández Ramos y Nerea Ramírez Piris,²² así como en el *Diálogo con asociaciones barriales*, publicado en el número 154 de esta misma revista.²³

Los integrantes de Somos Tribu VK explican cómo el 12 de marzo de 2020, en cuestión de horas, se organizó mediante Whatsapp una red de apoyo mutuo y se crearon grupos en cada barrio del distrito de Puente de Vallecas, un área del sur de Madrid caracterizada por una larga historia de solidaridad y activismo. Al principio, las tareas se plasmaron en hacer recados a los vecinos y vecinas que no podían o les daba miedo salir de casa. Se colocaban sábanas en los balcones con teléfonos de contacto. En los primeros días los integrantes de la red contactaron con centros de salud, farmacias y hospitales de referencia y se elaboró un protocolo de seguridad. El 15 de marzo la red ya tenía un correo electrónico, perfiles en redes sociales y más de diez grupos de *Whatsapp*. Desde este colectivo aseguran que no surgieron para sustituir a la administración en sus funciones, sino para apoyarse entre toda la vecindad, ya que en tiempos complicados, «un barrio unido es más fuerte para salir adelante».²⁴ Esta red se mantuvo en coordinación constante con la Administración, derivando familias y exigiendo refuerzos. Entre tanto, se organizaron despensas solidarias en cada barrio que llegaron a repartir 500 cestas semanales, y que evolucionaron en una red basada en la solidaridad, el apoyo mutuo, la autogestión y el estrechar vínculos barriales.

El principio de solidaridad mueve también a la Red de Solidaridad Popular de Latina-Carabanchel, activa desde 2014 en la atención a familias en riesgo de exclusión. Con el surgimiento de la COVID-19, esta red constituyó un sólido punto de apoyo para atender las necesidades de alimentos, cada vez más numerosas, de las familias de estos dos distritos de Madrid. En los meses del confinamiento atendieron a más de 1.800 familias. Con este fin asistencial, a partir del verano la Red puso además en marcha un servicio de asesoría y ayuda para los trámites del Ingreso Mínimo Vital y de la Renta Mínima de Inserción por la que hasta la fecha han pasado al menos tres centenares de personas.

²² José Luis Fernández Casadevante *Kois*, Javier Fernández Ramos y Nerea Ramírez Piris, *Solidaridades de proximidad*, Grupo Cooperativo Tangente, Madrid, 2022.

²³ FUHEM Ecosocial, «Diálogo con asociaciones barriales. La activación de la respuesta vecinal durante la COVID-19», *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 154, verano 2021, pp. 65-73.

²⁴ *Ibid.*, p. 67.

En Poblenu, en Barcelona, el nivel de necesidades desbordó todas las expectativas con la llegada de la pandemia. Por ello, las vecinas y vecinos de la Xarxa de Suport Mutu de Poblenu decidieron crear una red específica de alimentos atendida por voluntariado y avituallada tanto por el dinero aportado por el vecindario como por comercios del barrio. Pero una mera actividad de beneficencia no era suficiente, así que decidieron –junto a la Xarxa de Alimentos– crear conciencia cooperativa y de apoyo mutuo, y se plantaron en la salida de los supermercados para buscar alimentos y productos de limpieza con un carrito y carteles que decían “Vecinas ayudan a otras vecinas”. De este modo, a medida que aumentaban las familias apuntadas para recoger ayuda también lo hacía la conciencia solidaria en el barrio y el número de personas dispuestas a colaborar. Poco después se crearon otras comisiones para abordar otras temáticas cooperativas como la de las escuelas.

Como argumentan los autores de *Solidaridades de proximidad*, las tareas de estas redes no pueden calificarse meramente como altruistas, sino que se trató también de una acción de autoayuda y autoprotección ante la crisis. Y así, la enorme respuesta comunitaria surgida ante aquella coyuntura sociosanitaria rompió con la tendencia a la disgregación social y a la soledad hasta entonces predominante en muchos barrios. El citado libro repasa las múltiples formas de autoayuda y apoyo mutuo que surgieron en la COVID-19 por toda la geografía española y, en

La enorme respuesta comunitaria surgida en la pandemia rompió con la tendencia a la disgregación social y a la soledad

concreto, se centra en nueve comunidades autónomas incluyendo acciones que abarcan desde el cuidado a desconocidos en los hospitales hasta cocinas colectivas, albergues improvisados, roperos solidarios, ayuda en compras, taxistas voluntarios, despensas solidarias, actividades educativas y donación de material escolar, préstamo o donación de dispositivos electrónicos, así como múltiples actividades para sortear los rigores de una soledad no deseada. En muchos casos estas iniciativas se basaron en redes previas con larga trayectoria, aunque también surgieron otras de modo informal para consolidarse más tarde como red, demostrando el dinamismo social y la capacidad de autoorganización humana en situaciones de necesidad.

Autoayuda ante el cambio climático

Quizá menos populares que las redes surgidas en torno a la pandemia, alrededor del cambio climático también han aflorado varias redes de autoayuda en los últi-

mos años, tanto en España como en otros lugares. La mirada larga de la desestabilización del clima da no solo para el activismo climático en forma de concienciación de la clase política, sino también para un activismo de cercanía más enraizado al territorio inmediato, a los barrios, a los pueblos y al vecindario; un valioso activismo que cultiva relaciones y tejido social que bien pudieran servir un día para ensanchar horizontes y avanzar hacia otro tipo de transformaciones estructurales aún más ambiciosas.

Después de investigar alrededor del mundo la creciente presión sobre las comunidades urbanas causada por el proceso acelerado de urbanización en curso, el desarrollo económico y el cambio climático, Cathy Baldwin y Robin King identificaron en su informe *What about the people?* [*¿Qué pasa con la gente?*] que, aunque las estructuras físicas son importantes, las relaciones sociales desempeñan un papel crucial a la hora de determinar la resiliencia de las comunidades ante los eventos meteorológicos extremos. Así, la resiliencia de los grupos está influenciada por la fortaleza y cohesión de las redes vecinales, dos rasgos que determinan la sostenibilidad social de la comunidad; es decir, su viabilidad, estado de salud y nivel de funcionamiento. De este modo, interaccionar y colaborar en grupo en iniciativas comunes ayuda a las comunidades a mantenerse a flote en tiempos de normalidad y a responder de forma resiliente en tiempos de crisis. Los factores sociales pueden así mejorar la salud del vecindario, el bienestar y la calidad de vida diaria, así como la capacidad colectiva de manejar y adaptarse a los desastres. En este sentido, construir entornos que promueven la interacción social puede contribuir a tener comunidades más resilientes y con mayor bienestar.

Por su parte, los lazos vecinales contribuyen a mantener los canales de comunicación abiertos en tiempos de crisis; como por ejemplo en Yakarta (Indonesia) cuyos barrios ribereños (*kampung*s) suelen inundarse recurrentemente. Así, durante las inundaciones, las redes informales entre vecinas y vecinos sirven como sistema de alerta y para reunir recursos, además de para fomentar y promover la participación en las actividades de rehabilitación. Estas investigadoras encontraron que ante un ciclón, una tormenta, una ola de calor, una inundación o un terremoto, la gente pide ayuda en primer lugar a sus redes de familiares y vecinos. Citan un estudio del Banco Mundial, *Voices of the Poor*, realizado entre la gente pobre de varios países que consideran a su familia, parientes, vecindario y organizaciones religiosas como los sistemas de ayuda más efectivos.²⁵ Por otro lado, durante la

²⁵ Ibid., p. 36.

ola de calor que asoló Chicago en 1995 y que acabó con la vida de 739 personas, en un vecindario latino donde todos se conocían, llamar a la puerta de los vecinos para ver cómo se encontraban significó la diferencia entre la vida y la muerte.²⁶ Una comunidad cohesionada supone a menudo una comunidad más resiliente. Y correlativamente, la fragmentación social y la falta de cohesión afectan negativamente a la construcción de resiliencia comunitaria.

A lo largo de su estudio, Baldwin y King identifican una serie de conductas que denominan “comportamientos pro-comunidad” y que ayudan a las comunidades a enfrentar mejor las crisis y mantenerse más cohesionadas. Estas conductas incluye el modo en que operan las redes, cómo la gente maneja sus relaciones, y cómo se organizan y se ponen en acción, motivados por sus lazos, orgullo y sentido de responsabilidad y arraigo al territorio y/o la comunidad. Así, las autoras encuentran lazos entre el capital social y la cohesión, la salud y el bienestar que redundan en una mejor calidad de vida y en la sostenibilidad social cotidiana. La capacidad de adaptación ante los desastres se basaría por tanto en la capacidad de los miembros de mantenerse unidos en pro de objetivos comunes.

Este estudio es solo un ejemplo de un cuerpo de investigación más amplio que muestra cómo las comunidades cohesionadas con un saludable tejido social tienen más posibilidades de recuperarse, y hacerlo en menos tiempo, en caso de desastre. Los enfoques participativos en los que las personas se sienten implicadas y con cierto margen de acción ante una situación facilitan las respuestas, a menudo con alto grado de creatividad. La organización y acción ante el cambio climático puede constituir un espacio donde abordar otras vulnerabilidades de larga data, como situaciones de pobreza e injusticias sociales. Así lo muestra *Asian Communities for Reproductive Justice*, una organización de grupos migrantes en California que, además de desarrollar medidas de autoprotección frente a la desestabilización del clima, abordan otras situaciones conflictivas como las relacionadas con la salud reproductiva.²⁷

Más cerca, en nuestro territorio, Barrios por el clima viene desarrollando una labor cohesionadora y de concienciación hacia el cambio climático actuando desde el territorio más cercano: el barrio. Y se desarrolla nada menos que en Córdoba,

²⁶ Ailsa Chang, «What a 1995 Heat Wave Teach Us About Responding to the Coronavirus Outbreak», *npr*, 31 de marzo de 2020; Christopher R. Browning et al., «Neighborhood Social Process, Physical Conditions, and Disaster-Related Mortality: The Case of the 1995 Chicago Heat Wave», *American Sociological Review*, vol. 71, núm. 4.

²⁷ Ann Rojas-Cheatham et al., *Looking both ways*, Asian Communities for Reproductive Justice, 2009.

donde el calor aprieta todos los veranos y donde el cambio climático tiene visos de multiplicar las olas de calor. Además de exigir a las administraciones competentes, los vecinos y vecinas de siete barrios de Córdoba y uno de Cartagena se han puesto manos a la obra para descubrir qué pueden hacer por sí mismas para autoprotgerse frente al cambio del clima y desarrollar medidas de mitigación y adaptación desde el territorio más próximo. Parten de una premisa básica:

«Necesitamos hacer barrio. Hacer barrio es reconocerse, construir lazos vecinales y relacionales, consolidar y reconstruir un tejido social que nos fortalece como personas y como comunidad. Hacer barrio también es tomar parte de lo que ocurre en él y de la toma de decisiones en su construcción. Necesitamos hacer barrio para hacer frente a las múltiples crisis que ya sufrimos y a las que estén por venir. Necesitamos hacer barrio también para hacer frente a la crisis climática. Ya estamos viendo diferentes efectos de la misma».²⁸

Uno de los ejercicios más practicados por estos grupos son los mapeos de diagnóstico del barrio, para los que adoptan distintas gafas (las ecológicas, las feministas, las de salud comunitaria, etc.) y donde los

Barrios por el clima viene desarrollando una labor cohesionadora y de concienciación hacia el cambio climático actuando desde el territorio más cercano: el barrio

muchos ojos de los y las participantes logran identificar los puntos sobre los que hay que actuar, determinando quién puede hacerlo y cómo (en cuestiones climáticas, colocando parasoles en las calles, pidiendo al ayuntamiento más arbolado o situando fuentes). También destacan la importancia de recuperar saberes y prácticas tradicionales que

adquieren un nuevo sentido en el contexto de la crisis ecosocial, como el uso austero de los recursos, la reparación y el reciclaje de casi todo.

Desde Barrios por el clima tienen claro que colectivizar la acción ante el reto climático tiene grandes ventajas, como por ejemplo reducir la percepción de insignificancia ante un reto de este calibre, apropiarse en cierta medida del reto colectivo y sentir que, aun en una mínima parte, podemos incidir, así como reforzar la apreciación del reto colectivo, además de fortalecer lazos con otras personas de nuestro territorio próximo donde desarrollamos buena parte de nuestra vida. Como explican en este espacio de movilización, la proximidad al territorio les permite conocer bien donde hay carencias, dónde se puede mejorar y qué merece la pena

²⁸ Cristina Contreras y Rodrigo Blanca, «Hacer barrio ante la emergencia climática», en Mateo Aguado y Nuria del Viso (coords.), *Desigualdades climáticas: Impactos y responsabilidades de los eventos climáticos extremos*, dossier, FUHEM, Madrid, 2022, disponible en: <https://www.fuhem.es/2022/11/24/desigualdades-climaticas/>

preservar. Y de este modo, a la vez que se actúa sobre el territorio, se incide en las necesidades relacionales de las personas.

Conclusiones

Frente al mito del individuo autosuficiente y prácticamente todopoderoso que alentó la Modernidad y sigue reforzando el tecnooptimismo contemporáneo, el ser humano poco puede hacer individualmente frente a los retos a los que nos enfrentamos en el siglo XXI. En primer lugar porque, como han entendido muchas culturas a lo largo del tiempo, el ser humano es, por definición, eco e interdependiente, y se construye en relación, en el medio natural junto a otros seres humanos y no humanos. En segundo lugar, porque la gobernanza de los retos actuales supera con mucho la escala de las instituciones políticas con las que contamos actualmente, aunque, obviamente, las diferentes instituciones pueden y deben aportar a la solución de los problemas. Por ello, existe una escala intermedia, la de la comunidad, plasmada en barrios y pueblos, así como grupos de interés, que puede contribuir de forma inmediata a adoptar medidas que respondan o aplaquen los problemas más urgentes de la gente. Aunque corren paralelos a los esfuerzos institucionales, actúan en una escala distinta, y complementan los esfuerzos institucionales o se anticipan a ellos, según las situaciones.

La investigación etnográfica y estudios actuales sobre desastres han mostrado que reforzar los lazos comunitarios fortalece las posibilidades de supervivencia en tiempos difíciles. Ahora, justamente ahora, necesitamos una mayor conciencia de que solo somos en relación –“inter-somos”, podríamos decir–, y que es en colectivo como reunimos la fuerza, la creatividad y la entereza para tratar de sortear los retos que nos plantea la crisis ecosocial.

En momentos en los que las políticas públicas de las distintas administraciones pueden resolver solo hasta cierto punto los desafíos contemporáneos –porque el resto se dirime a escalas globales–, cuando más y más grupos sociales se sienten excluidos y a la intemperie, cuando crecen los malestares y la desesperanza, es momento entonces de mirar más acá, de mirar a quienes tenemos al lado y empezar a tejer redes. No es una novedad. Y no es demasiado tarde. Para lo único que es demasiado tarde es para el inmovilismo y el retardismo. Como decía Víctor Hugo, «nada hay más poderoso que una idea a la que le llega su momento».

Nuria del Viso Pabón y Mateo Aguado Caso son miembros del equipo de FUHEM Ecosocial.